

CANTERA FUE LA ACERA DE HEROES, ORADORES

Alerta, marzo 8/54

Cuando se escriba la historia de nuestras luchas por la independencia habrá que destacarse la influencia que en la revolución redentora de 1895 tuvo aquella bulliciosa juventud que había establecido su cuartel general en los portales del café "Louvre". Aquellos muchachos, con sus duelos y sus polémicas periodísticas, reavivaron el fuego del separatismo. Y al estallar la rebelión en Baire, casi todos respondieron "presente", al vibrar la clarinada, llamando a los cubanos al combate.

Entre la muchachada, ávida de nuevas orientaciones, figuraron hombres que con el tiempo, iban a dar mucha gloria a Cuba. Tales; Manuel Sanguily, Miguel Figueroa, Gastón Mora, Fermín Valdés Domínguez y otros. Ahondando en la importancia de la Acera del Louvre, en relación con la Guerra de Independencia, bien puede decirse que ella fué para nuestra revolución, lo que el Juego de Pelota de la calle de San Francisco para la Francesa.

Los hombres más ilustres de Cuba pertenecieron a aquella pléyade de jóvenes intrépidos que desafiaban las iras del despotismo. Varona Murias y sus duelos. Los sucesos de Santa Clara. La Acera, antes y después de la Guerra de Independencia.

Por Roger de Lauria, de la redacción de ALERTA

Por algunos cronistas amigos de hurgar en nuestro pasado ha sido presentada la histórica "Acera del Louvre" como un refugio obligado de audaces espadachines, provocadores impenitentes de lances personales.

Sobre determinados personajes, concurrentes a aquel céntrico lugar, se han tejido ver-

llosa y pese a los odios y resentimientos de la época, a los padrinos de Jorrín se les brindó todo género de facilidades y garantías.

Existe una leyenda, muy divulgada por cierto, que nos presenta a Alberto Jorrín como un hábil y experto esgrimista, en tanto que el capitán español apenas si conocía el manejo del sable. Según dicha versión, este detalle hizo que los amigos del cubano, —mu-

daderas fábulas. Escritores ha habido que afirman que la misión de los simpáticos "muchachos" de la Acera, no era otra que la de provocar a los militares españoles que por dicho sitio solían cruzar. Nada más lejos de la verdad, si nos atenemos a testimonios muy respetables de personas que vivieron en época tan agitada. De la Acera surgieron algunos duelos, pero no todos los que se le han atribuido.

EL DUELO JORRIN-D'OUSEVILLE

Para la mayoría de nuestros contemporáneos, el trágico lance entre el capitán del Ejército español D'Ouseville y el joven Alberto Jorrín tuvo su punto de partida de una agresión de la que fué objeto el militar en los portales del café "Louvre".

Esta versión es en lo absoluto errónea. La agresión, por parte de Jorrín, donde se produjo fué en los antiguos terrenos de Almendares, en Carlos III, poco después de Infanta.

En estos terrenos se celebraban periódicamente unas fiestas bailables denominadas "verbenas". En el curso de una de ellas surgió una polémica, por causa de una mujer, entre Jorrín y el capitán. Hay que advertir que Jorrín era un atleta formidable, discípulo del inolvidable Filiberto Fonst, padre de nuestro gran campeón, el querido Ramón. Como era de esperarse, al surgir la riña el militar llevó la peor parte, por lo que el duelo se hizo imprescindible.

Se concertó el encuentro a sable, filo, contrafilo y punta. En aquellos tiempos los duelos a sable resultaban imponentes, ya que a las armas se les daba filo de navaja barbeta. Cuando se vaciaban las hojas, según testimonio de Pancho Varona Murias, la prueba del filo se hacía mediante la utilización de cabellos que tenían que ser cortados para que los padrinos aceptaran como buenos los sables.

No es extraño que con tales procedimientos el resultado de los duelos fuera por regla general el de la muerte o mutilación de algunos de los contendientes. El duelo de Jorrín y D'Ouseville se celebró en la Cabaña, con el trágico desenlace de la muerte del cubano. Una terrible estocada en el vientre resultó mortal, ante la natural consternación de los que asistieron al lance.

La actitud de los militares españoles fué correcta y cabachos de la Acera en su gran mayoría—, prepararan un suculento banquete para festejar el triunfo de Jorrín, que estimaban seguro.

Nada de lo transcripto es cierto. D'Ouseville aventajaba a Jorrín en el manejo del sable y esto lo sabían todos los ami-

gos del infortunado joven. Resulta absurdo el suponer que un oficial de línea del Ejército español ignorara el manejo de esa arma. En aquella época todos los regimientos contaban con profesores y prebostes de esgrima, existiendo textos de tanta importancia como el que nos ha legado don Miguel de Nuño y Cucala, gran autoridad en la materia.

Sobre este extremo habla-

mos en cierta oportunidad con el nunca bien llorado profesor cubano don Aurelio Granados. El caballeroso anciano hubo de manifestarnos que el capitán D'Ouseville hacía esgrima en su Sala de Armas y que a su juicio pocos, pero muy pocos tiradores de la época, hubieran sido capaces de batir al militar hispano en un asalto a determinado número de golpes.

El duelo Jorrín-D'Ouseville, el más famoso de su época, fué el producto de aquella tirantez existente entre españoles y cubanos en la tregua, de la Paz del Zanjón a la insurrección de Baire. El incidente entre los dos hombres, en un lugar de esparcimiento no muy honesto, de acuerdo con los prejuicios de la época, hubiese sido allí mismo liquidado, mediante un apretón de manos y unos cuantos tragos, de no haber mediado la circunstancia de que en la cuestión figuraban como protagonistas un joven cubano de la mejor sociedad y un militar español, representativo del poder que en aquellos días ejercía la Metrópoli sobre su colonia.

Versiones muy dignas de crédito afirman que el capitán D'Ouseville, comprendiendo que el incidente carecía de importancia ya que entre ambos contendientes se habían cambiado algunos puñetazos, se negó en principio a plantear la cuestión. Sin embargo, para prestigio del cuerpo a que pertenecía, —según la teoría de la época—, fué presionado por sus compañeros de armas para que retara a duelo a su antagonista "mambí".

Desde luego que de haber

sido el más débil Jorrín y haber llevado la peor parte en la riña, la "negra honrilla" de los militares españoles, se hubiera sentido satisfecha sin necesidad de recurrirse al arma de triple efecto mortífero.

MANUEL SANGUILY Y MIGUEL FIGUEROA DUELISTAS

Para muchos cubanos de la actual generación habrá de resultar sorpresiva la noticia de

que entre los inquietos duelistas de la Acera se destacaban figuras tan prestigiosas como las de don Manuel Sanguily y don Miguel Figueroa. Ambos por su gran cultura, su dedicación a las letras y su gran elocuencia, constituían auténticas cumbres del movimiento democrático que fué, en aquellos días, como la aurora gloriosa del separatismo que años más tarde iba a culminar en la independencia de nuestra patria.

Manuel Sanguily, invitado para pronunciar un discurso en una velada organizada por la sociedad "La Tertulia", de Villaclara, vertió frases que no fueron muy del agrado de los integristas. Por entonces la reacción editaba en la capital de Las Villas un periódico titulado "La Tribuna", dirigido por un periodista español nombrado Máximo Abaunza. En dicha publicación se publicó una nota en la que se afirmaba que Sanguily había exigido de "La Tertulia" una cantidad indeterminada de dinero para pronunciar su discurso.

Tan calumniosa afirmación motivó el que el dinámico patriota planteara una cuestión de honor al periodista hispano, demandándole la oportuna explicación. Los señores José Bruno Alemán (que años más tarde iba a llegar al generalato combatiendo por la independencia de Cuba) y Ricardo García Garófalo fueron los encargados de plantear la cuestión. Poco hábiles en esta clase de asuntos, los representantes de Abaunza lograron embaucarlos, haciéndoles firmar un acta que no tardó en ser rechazada, categóricamente, por Sanguily.

En pie el problema, Sanguily, después de expresada su inconformidad, nombró nuevos padrinos, recayendo en esta oportunidad la elección en don Miguel Figueroa y Panchito Varona Murias, con bien ganado cartel de duelista. Ambos caballeros se trasladaron a Santa Clara con el propósito de deshacer lo hecho. El asunto, de acuerdo con las normas establecidas por los Códigos de Honor, estaba liquidado. Se había levantado un acta y si esta no era del agrado de Sanguily, de acuerdo con lo legislado en este sentido, el único camino a seguir era el de batirse con los que lo habían representado.

Esto lo sabían a plenitud Don Miguel Figueroa y Varona Murias, pero como en el fondo se trataba de una cuestión política, lo que en realidad se pretendía era darle una severa lección a los cavernícolas que se dedicaban a injuriar y ofender constantemente a los más prestigiosos jefes del Partido Autonomista.

Replanteada la cuestión, Abaunza se abroqueló en el acta firmada por Alemán y García Garófalo. Estaba en su derecho y de ahí el que Figueroa y Varona Murias, dando por liquidado el incidente con Sanguily, declararan que se sentían agraviados por las frases que en una de sus cartas había vertido el periodista Abaunza.

Don Miguel Figueroa designó, para apadrinarlo, a los señores Fleites y Juan García y Varona Murias a Agustín Cervantes y Bernardo Soto Estorino. Abaunza fué debidamente notificado, demandando un plazo de 24 horas para constituir su representación.

FRACASO DE UNA MASACRE PREPARADA POR LOS INTEGRISTAS

Después de algunos incidentes satisfactoriamente resueltos, lograron al fin reunirse los padrinos de Figueroa y Varona Murias con los de Abaunza. Los del periodista español, en número de tres, eran Eduardo Recas y Risarelli, para el encuentro con Figueroa y el ya citado Recas conjuntamente con Toribio González Iriarte, para el duelo con Varona Murias.

Ambos duelos fueron pactados a espada, surgiendo un cambio en los padrinos. Figueroa sustituyó a Juan García por el doctor Arturo Mora y Varona y en cuanto a Abaunza, en definitiva, eligió para representarlo en el lance con Varona Murias a los señores Alfonso Díaz y Antonio de la Escosura. Como sitio indeterminado para la celebración de ambos encuentros fué elegido un tramo cualquiera de vía rrea, dentro de la provincia de Santa Clara.

Listos ya los detalles para los encuentros, a los cubanos se les puso en antecedentes de una conjura que iba a culminar en el asesinato de los seis. Se había organizado una gran masacre, incluyéndose en la relación de presuntas víctimas a algunos elementos significados por su hostilidad al régimen.

4

El 16 de febrero de 1891 los que habían organizado la nueva "sanbartolomé" no dejaron encender los faroles del alumbrado frente al parque y en todos los alrededores del Hotel donde se alojaban los cubanos. Una multitud de individuos, adictos al integrismo, se reunieron en el ya aludido parque, dando grandes voces y haciendo varios disparos al aire que provocaron el pánico entre el vecindario y pusieron término a un baile de máscaras que se celebraba en el teatro principal de la ciudad.

Por fortuna, el Gobernador Civil de la plaza, don Angel Carbajal, con noticias de lo que se pretendía, se personó en el lugar de los hechos en compañía de una docena de guardias civiles. Los representantes de la ley, apelando al plan de sus sables, lograron disolver los grupos, procediendo a la ocupación militar de lo más céntrico de Villaciara. La vida de Varona Murias estuvo en peligro, ya que a la llegada al parque del Gobernador, estaba siendo vigorosamente atacado por un nutrido grupo de integristas.

Expulsados de la provincia por el Gobernador Carbajal y perseguidos por la Guardia Civil, de la que era coronel uno de los padrinos de Abaunza, Recas Risareli, en definitiva todos tuvieron que retornar a la Habana, convencidos de que no había manera de llevar al terreno del honor al periodista hispano.

Máximo Abaunza, que disfrutaba de bien ganada reputación de cobarde, sólo había aceptado los retos de Figueroa y Varona Murias, para llevar al rojo vivo el rencor de los integristas de Las Villas y provocar la matanza que hizo fracasar la actuación honrada y caballerosa del Gobernador Civil Carbajal.

Como es de suponerse, los muchachos de la Acera dispensaron una recepción triunfal a los que de manera tan milagrosa habían escapado de una celada que hubiera constituido, de haber tenido buen éxito, una página más de oprobio para el coloniaje.

**NOMBRES DE DUELISTAS
QUE RESULTAN
EVOCADORES**

Si nos detenemos unos ins-

tantes al estudio de los documentos de la época, veremos que en el período del Zanjón a Baire, muy pocos fueron los cubanos ilustres, residentes en la Habana, que no se vieron envueltos en distintos duelos, unas veces como contendientes y otras como padrinos.

Entre estos nombres figuran el de Félix O'Shea, abuelo del conocido radioemisor de los mismos nombres y apellidos, que figura entre los grandes pioneros de la Radio en Cuba y el de don Pío Gaunaud, subsecretario de Agricultura en épocas de José Miguel Gómez y padre de Julito Gaunaud, el inquieto periodista y revolucionario, fundador de "Karikato".

Otros nombres dignos de recordarse, en este aspecto, son los de Manuel Cardenal y Gómez, Rafael Fernández de Castro (el de los famosos jaruqueños), Fernando Aróstegui (que fungió de médico en más de media docena de duelos), Eugenio de Santa Cruz, Eduardo Dolz, (el periodista autor de la "Nota del Día", primero en "La Discusión" y después en "El Día"), Pepe Jerez Varona (que fuera jefe de la Policía Secreta), José de Armas y Cárdenas (el inolvidable "Justo de Lara"), Fermín Valdés Domínguez (estudiante torturado y superviviente de 1871 y compañero inseparable del Apóstol Martí), Manuel Serafin Pichardo (director de "El Figaro" y autor de las "Oféldas"), Manuel María Coronado (editor de "La Discusión" y coronel de la Independencia), José María Gálvez (el gran tribuno del autonomismo, padre del periodista Napoleón Gálvez), Francisco Romero, Gonzalo Jorjin, (hermano del infortunado Alberto), Rafael Montoro (una de nuestras glorias), Cristóbal de la Guardia (Secretario de Justicia en épocas de Menocal), Pedro Mendoza Guerra (culto y laborioso hombre público) y Francisco Carrera Jústiz, destacado catedrático que fuera de nuestra Universidad.

Todos estos jóvenes impetuosos, que se reunían en la famosa Acera y que andando el tiempo iban a servir a Cuba, unos en la guerra y otros en la paz, constituyen toda una evocación. Para ellos los duelos fueron un motivo de expansión, en un período de intensa agitación política, dentro del cual hubo de gestarse la epopeya emancipadora que hubo de darnos la independencia.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Bueno es advertir que en aquellos tiempos los duelos eran lances muy serios en los que se exponía la vida. La Habana, en este sentido, llegó a adquirir la dolorosa reputación de ser la ciudad del mundo en la que más severos resultaban los lances de honor.

UN PATRIOTA Y DUELISTA OLVIDADO

Para los habaneros de hace 60 y tantos años la gallarda figura de don Domingo Guiral estaba íntimamente ligada a cuantos lances de honor se verificaban en la inquieta capital de la siempre fiel Isla de Cuba.

Guiral, como la inmensa mayoría de los duelistas de la época, apenas si conocía las más rudimentarias enseñanzas de la esgrima. Muy joven se había incorporado a las fuerzas de Carlos Manuel de Céspedes y después de la Paz del Zanjón, hubo de refugiarse en la Acaera del Louvre, donde pronto iba a convertirse en el árbitro

de los frecuentes incidentes que entonces se suscitaban.

Don Domingo Guiral era hombre de muy malas pulgas y de recia musculatura. Uno de sus biógrafos nos lo describe como "muy valiente, pero atormentado por la monomanía de los lances".

Debido a que por regla general los padrinos de una de las partes siempre se acobardaban cuando tenían que entenderse con Guiral, llegó el instante en que se decía que cuestión en la que dicho caballero intervenía como padrino, era cuestión resuelta favorablemente para su representado.

El que más y el que menos no estaba dispuesto a un duelo con un hombre que disfrutaba de la falsa reputación de ser un terrible espadachín.

Cuando Guiral se acomodaba en su mesa del café "Louvre", pocos eran los que cambiaban algunas frases con él. El irascible duelista no siempre se mostraba dispuesto a tolerar tonterías y no era raro el escuchar cómo despedía a cajas destempladas a algunos de los intrépidos que trataban de

entretenerlo. Cuando más, sus amigos lo saludaban de lejos, contentándose con oírlo gruñir. Según algunos íntimos de Guiral, su mal carácter se debía a una afección hepática adquirida durante los diez años que hubo de vivir en la manigua heroica, luchando por la independencia de Cuba.

Al surgir la figura de Pancho Varona Murias, en el amplio marco de la caballería andante criolla, lógicamente el nuevo paladín tenía que resultarle antipático a Guiral. La reputación del veterano comenzó a eclipsarse al ir surgiendo los duelos de Varona Murias. Y lo que tenía que suceder, sucedió. Los dos hombres acudieron al terreno, en aparato de duelo a sable, del que resultó con dos heridas en la mano derecha el provocador, que no era otro que Guiral. Varona Murias, que había recibido la injusta afrenta de una bofetada, se batió con el arrojo de un león. En todo momento llevó el ataque hasta que

el lance fué suspendido, al declarar los médicos la gravedad de la herida recibida por Guiral. La herida, sobre la muñeca, era tan extensa y profunda, que separó casi totalmente la mano derecha del hueso cubital.

Esta fué la última aventura duelística de un hombre que después de haber luchado intrépidamente por un ideal de redención, incurrió en el error de convertirse en una especie de lunático, sin otra obsesión que la de estar constantemente urdiendo combates personales.

Como detalle final diremos que en la etapa inicial de esta cuestión hubo de actuar como padrino José de Armas y Cárdenas, el ilustre "Justo de Lara"

PANCHO VARONA MURIAS

Resultaría imposible escribir la historia anecdótica del duelo en Cuba, sin dejar de mencionarse en primera línea a Panchito Varona Murias, el autor de "Mis Duelos", un libro que es toda una sabia lección de filosofía. En esta obra en



6

la que el inolvidable revolucionario narra sus encuentros, encontrará el lector un gran fondo de verdad. Varona Murias fué producto de una época en la que la implantación de determinadas reformas, que en nada satisfacían a los descontentos, crearon un climax de inquietud y belicosidad. El mismo caso de Domingo Guiral es un ejemplo de lo que experimentaban los cubanos a raíz de la Paz del Zanjón. Tal vez en nuestros días aquella fiebre de duelos hubiese sido calificada de "Psicosis de guerra". Puede que esta definición resulte un acierto si tenemos en cuenta que muchos de los due-listas de la Acera del Louvre se incorporaron a las filas insurrectas, satisfaciendo así aquella inquietud que en el fondo no era más que muy justificado rencor contra los elementos que oprimían a la patria esclava.

Hijo Panchito de un prestigioso abogado camagüeyano, su padre, conceptuado como el mejor criminalista de la época —Julio de Varona y Fernández de Velazco—, trató de apartar al fogoso muchacho de los peligros que significaban las conspiraciones. Lo envió a Francia, donde se graduó de abogado en la Universidad de Montpellier.

El esfuerzo iba a resultar estéril. Varona Murias eligió el camino del duelo, abandonando el de la abogacía. Su nombre iba a pasar a la posteridad, no como el de su padre, como jurista sí no como duelista. Atormentado por el afán de lograr un buen cartel en este aspecto, muchas fueron las veces que acudió al terreno. Sin embargo, su muerte gloriosa en las cercanías de La Salud, en la provincia de la Habana, lo vindican de todos estos pecadillos. Varona Murias, en definitiva, se batió con los opresores de su patria. Y si en el lance hubo de caer, su sacrificio demostró que el mismo valor que tuvo, en el terreno de los caballeros, en sus días de espadachín, fué el que lo llevó a increpar a sus compañeros cuando, abrumados por una mayoría aplastante, decidieron darse a la fuga. Varona Murias pudo huir pero prefirió sucumbir de cara al sol antes que darles las espaldas, por primera vez en su vida, a un enemigo al derrotado en distintas oportunidades.

LA MUERTE DE PASCASIO ALVAREZ

Pascasio Alvarez, como Gonzalo Castañón, era para el integrismo toda una institución. Odiaba a muerte al autonomismo y su fobia por el separatismo lo arrastraba a estampar en "El Asimilista"; el libelo que dirigía, las peores injurias contra los más destacados líderes cubanos de la época.

Pascasio Alvarez, según pudo comprobarse después, en realidad se nombraba Victor Poo y desde hacía tiempo estaba sujeto a las resultas de un proceso criminal por robo. También se le acusaba de explotar a una mujer de vida airada, domiciliada en el callejón de la Bomba, conocida por "La Choricera". Pese a todos estos antecedentes, para los voluntarios de la Habana, Pascasio Alvarez era todo un paladín de aquella causa trágica que llevara ante el pelotón de fusilamiento, en 1871, a los estudiantes cubanos de medicina.

Con conocimiento Varona Murias de que Alvarez trataba de publicar un artículo en el que lo injuriaba, se adelantó y en sus "Habaneras", del periódico "La República", lanzó ciertas insinuaciones nada gratas para el periodista hispano. Aunque en realidad no lo nom-

braba, la alusión era tan directa, que todos los que leyeron los mencionados párrafos advinaron de inmediato a quiénes iban dedicados.

Como es de suponerse, Pascasio Alvarez ripostó en el acto con otro artículo, en "El Asimilista", titulado "Tipos.— Los que matan.— Panchito". En este artículo se retrataba a Varona Murias como uno de esos asesinos a sueldo de determinados propósitos. Las injurias eran de carácter tan grave, que después de impresas, ya no tenían más solución que la de un duelo severo, en el curso del cual quedara sobre el terreno uno de los contendientes.

En la Acera el incidente causó muy justificada indignación. Numerosos amigos se identificaron con Varona Murias, figurando entre los más serenos el doctor Walling, César Aenlle y López de Briñas. Es de destacarse que entre los que en aquella oportunidad se pusieron al lado del célebre duelista hubo de sobresalir el popular bar-

bera Donato Milanés, que andando el tiempo iba a ser dueño de la barbería situada al lado de "El Anón del Prado". Donato fué el barbero de todos los potentados de la Habana hasta los últimos años de su vida. También fué el barbero del General Menocal en los días en los que éste ocupó la Presidencia de la República. En la época en que ocurrieron los hechos a que hacemos referencia, Donato era operario del famoso salón "América", situado en Neptuno y Consulado, donde hoy están "Los Parados".

En la puerta de la barbería "El Anón del Prado", de Donato Milanés y de la que era operario Sebastián Quintero, muy popular entre los esgrimistas de la pasada generación, mató el representante conservador Ernesto Collado al periodista y político Fernando Quiñones, director que fuera del diario "El Día" y también representante a la Cámara por el Partido Conservador. El balazo disparado por Collado fué tan certero, que después del homicidio fué preciso regar

con aserrín el piso, sobre el que había caído gran parte de la masa encefálica de la víctima.

Volviendo al incidente Varona Murias-Alvarez diremos que hubo de despertar gran interés en toda la ciudad. Se esperaba un encuentro personal entre los dos hombres. Y Pascasio Alvarez, propiciando la agresión por parte de su antagonista, se situó en el café "Albisu" en la grata compañía de dos amigos, todos ellos armados con sendos revólveres.

Aunque parezca extraño, el jefe de la Policía, el tristemente célebre Asencio, en lugar de proceder al desarme y arresto de los tres matones, optó, para eludir responsabilidades, informar a Varona Murias de que debía retirarse a su domicilio si no deseaba ser asesinado.

Convencido Alvarez de que Varona no iría esa noche por

"Albisu", según costumbre, optó por irlo a buscar al café "Louvre". En unión de sus testaferreros Montenegro y Pancho Romay, el periodista hispano hizo su entrada, provocativamente, en el cuartel general de la alegre juventud habanera. Varona Murias, que se encontraba en el café, envió a su amigo Angel Cowley a preguntarle a Pascasio Alvarez si su presencia en aquel sitio se debía a sus deseos de provocarlo. Alvarez, despectivamente, respondió: "Si el señor Varona Murias desea saberlo, que venga personalmente a preguntármelo".

Hay que advertir que detrás de los tres matones vino una gran turba de individuos, dispuestos a actuar contra los muchachos de la Acera, caso de haber surgido una riña.

Manuel Serafin Pichardo y Manuel Herranz, comprendiendo la gravedad de la situación, lograron llevarse del "Louvre" a Varona Murias, evitando con ello una nueva masacre por parte de los elementos intransigentes. Los lamentables sucesos del teatro Villanueva se hubieran repetido a no ser por la serenidad de varios de los jóvenes cubanos, que en esos

instantes se encontraban en el histórico café "Louvre".

EPILOGO TRAGICO

Planteada una cuestión de honor, como posible solución a un asunto que ya de por sí revestía caracteres de suma gravedad, comenzaron a actuar los representantes de ambas partes. Por Varona Murias intervinieron en la cuestión los señores César Aenlle y Ernesto Jerez y por Pascasio Alvarez, Antonio Osuna y Ricardo Pastor.

El duelo, dada la gravedad de las ofensas, fué pactado a pistola, a quince pasos y a "outrance", esto es, a inutilidad de uno de los contendientes. Es de significarse que los duelos regulares no pueden pactarse "a muerte". Sólo hay dos definiciones: "primera sangre" y "outrance", de acuerdo con los Códigos de Honor existentes.

Como quiera que los padrinos de Pascasio Alvarez, para darle largas a la cuestión, alegaron que carecían de las pistolas de duelo reglamentarias, se decidió que los cuatro padrinos procedieran a la compra de estas



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

8

armas. Así se efectuó y después de cerrada y sellada la caja que contenía las pistolas, esta fué entregada a los padrinos de Alvarez. La llave de dicha caja, en sobre cerrado y lacrado, quedó en poder de los representantes de Varona Murias.

El duelo se efectuó en la finca "Purísima Concepción", popularmente conocida por "Los Zapotes", situada en la que es hoy carretera central, a sólo kilómetro y medio del barrio de Luyanó, que era entonces un caserío.

Fogueadas las pistolas, cargadas de nuevo y medido el terreno, ambos contendientes hicieron fuego, obedientes a la voz de mando del Juez de Campo, José Martínez Oliva. Sonaron al unísono ambos disparos sin que ninguno de ellos diera en los blancos. Nuevos disparos. Esta vez, Varona Murias recibió una herida a flor de piel, que no fué observada por los padrinos de Alvarez. El duelo, de acuerdo con lo pactado, tenía que proseguir. Por tercera se dió la voz de ¡fuego!, recibiendo en tan trágica oportu-

unidad Pascasio Alvarez un balazo "mortal por necesidad". La bala hubo de penetrarle por el costado izquierdo. Según dictamen de los forenses, la muerte la provocó un derrame interno.

Diremos que el cadáver de Pascasio Alvarez fué abandonado en el mismo lugar en que cayera. Al día siguiente fué encontrado por la Guardia Civil, iniciándose el consiguiente proceso. Detenidos cerca del lugar del hecho los señores Osuna y Pastor, en los instantes en que acudían en busca del cadáver, confesaron la verdad, procediéndose de inmediato a la búsqueda de Varona Murias, que ya había embarcado rumbo al extranjero.

De la defensa del acusado se hizo cargo el juriconsulto cubano, gloria de nuestra abogacía, don Antonio Govín. Gracias a su brillante actuación se dictó fallo condenando en rebeldía al matador a ocho años de confinamiento en Isla de Pinos. La sentencia fué recurrida por el Dr. Gastón Mora y Varona, el ilustre periodista, años después director del periódico "El Mundo". Revocada la sentencia, la pena se redujo a sólo seis meses y un día de destierro, a no menos de veinticinco kilómetros de la Habana y a una indemnización de cinco mil pesetas a los familiares de la víctima. Los cuatro caballeros que actuaron como padrinos fueron absueltos.

El 30 de marzo de 1891 regresó Varona Murias, ya cumplida su pena de destierro. a

la Acera del Louvre. Había viajado por España y Francia.

Como dato curioso diremos que las pistolas que se utilizaron en este duelo estuvieron por espacio de mucho tiempo en poder del general Carlos Guas. Creemos que en la actualidad alguno de sus hijos las conserven.

LA ACERA DEL LOUVRE DESPUES DE LA INDEPENDENCIA

Una vez terminada la Guerra de Independencia, algunos de los "muchachos" de la Acera, que se lanzaron a la manigua y no sucumbieron en el glorioso empeño, retornaron a la Habana, dispuestos a animar

de nuevo el histórico sitio. Entre ellos figuraban, en primera línea, el ya comandante Carlitos Maciá y el impetuoso Pepe Strampes, de igual graduación en el Ejército Libertador que Maciá.

Con las anécdotas de Carlitos Maciá podría editarse un libro. Gran aficionado al base ball, cuando vestido impecablemente de blanco algún amigo trataba de ponerle la mano en un hombro, a manera de saludo, lo contenía, diciéndole: "Oye, viejo... Juega primera base"...

Se refería al detalle de que en primera puede ponerse out al corredor sin necesidad de tocarlo.

De Pepe Strampes recordamos aquel heroico hecho, cuando un voraz incendio destruyó un establecimiento, en la calle de San Rafael. Los tres dependientes, que dormían en los altos, fueron sorprendidos por las llamas. Su única salida era una puerta, colosamente defendida por una fuerte reja de hierro. Los dependientes, ignorantes del lugar en el que el encargado guardaba la llave, pegados a los hierros, daban grandes voces de auxilio. El público, horrorizado, veía ya cómo las llamas iban a abrasar a los infelices. Y entonces Strampes, quitándole el hacha a un bombero, salvó la muralla de fuego y después de destruir la cerradura de la reja, logró rescatar a los tres españolitos, no sin haber sufrido serias quemaduras.

El suceso fué muy comentado. Aquel hombre, que venía de la manigua heroica de combatir contra las tropas españolas, no vaciló en exponer su vida para salvar las de los tres jóvenes hispanos.



9

No podría hablarse de la nueva Acera del Louvre sin citarse a Silvio de Cárdenas, el atlético deportista que conjuntamente con Cecilio Acosta, el capitán Portillo y otros, era el terror de los principales centros de diversiones de la Habana y sus contornos. La especialidad de Silvio y sus amigos era la de terminar los bailes mediante "broncas" estrechitas.

Siendo alcalde su padre, el austero e inolvidable don Julio, de tan grata recordación para los habaneros, Silvio fué retenido provisionalmente por la Policía, a causa de una de sus múltiples travesuras. Despertado a media noche don Julio, se negó a dar una orden que para su hijo significaba el perdón. "Las personas decentes no andan por esas calles de Dios después de las doce de la noche, dijo el alcalde. Y era que aquel gran hombre, modelo de virtud y de honradez, no se había dado cuenta de que los tiempos habían evolucionado.

En la actualidad el doctor Silvio de Cárdenas, después de sus diabluras juveniles con los demás muchachos de la Acera, es uno de nuestros más destacados clubmen. Siempre fué y ha sido un caballero, acreedor a todo género de elogios.

Como esgrimista, Silvio de Cárdenas se distinguió notablemente. Ya los tiempos eran otros y el gran esgrimidor se limitó a ganar medallas en el manejo de la espada. Representó a Cuba airoosamente en varios eventos internacionales de esgrima.

Como tipo inolvidable de la nueva Acera del Louvre también queremos recordar a Rodolfo, cariñosamente conocido por "Cocotazo". Rodolfo pertenecía a una distinguida familia habanera y era cuñado del general Julián Betancourt. De escasa estatura, era el más elegante de los "muchachos" de la Acera. Sus trajes, de corte impecable, eran muy admirados y celebrados por los Brumells de la época.

Queremos dedicar este último recuerdo a un muchacho de la Acera, recientemente fallecido, pobre y casi ciego. Nos referimos a "Pollito" Gabancho Saaverio, sobrino del doctor Anastasio Saaverio, dueño que fuera del teatro Payret.

"Pollito" Gabancho murió a consecuencia de las lesiones recibidas al caer dentro de una de las zanjas abiertas por los obreros del Acueducto en la calle de Zulueta. Como es sabido, con un descuido realmente criminal, estas zanjas se vienen abriendo en la Habana sin que por las noches se coloque señal roja alguna de peligro.

"Pollito" Gabancho resultó una de las tantas víctimas del tan censurable sistema.

EL ULTIMO DUELO

El último duelo surgido de la Acera del Louvre, en fecha no muy lejana, fué entre un joven dentista, de recia musculatura, apellidado Warren, y el señor Anibal Mesa.

El lance fué a pistola y al primer cambio de disparos resultó muerto Warren. La bala le destrozó el cráneo.

Las pistolas utilizadas en este duelo, la última vez que las vimos, estaban en poder del conocido animador de la radio y televisión, José Antonio Alonso. Ellas fueron utilizadas en un duelo, sin consecuencias trágicas, entre el inquieto Germán Pinelli y el periodista Rodríguez Morejón. Este lance se efectuó en la finca del inolvidable Miguel Gabriel. Puede decirse que la Acera del Louvre, en lo que tenía de simbólico, ha desaparecido. Ella jugó un importante papel en nuestra historia. De ellas surgieron héroes que como el propio Varona Murias, supieron caer frente al enemigo, prefiriendo la muerte a la cobardía de volverle las espaldas.

Muchos episodios gloriosos allí se han desarrollado. Sobre lo duro de sus lozas quebró su espada de militar pundonoroso el capitán D. Nicolás Estévez, al conocer el fallo que condenaba a muerte a los inocentes estudiantes de 1871.

También por aquel lugar paseó en más de una oportunidad la gallardía de su figura, el glorioso Titán de Bronce. El General Antonio Maceo fué muchas veces a sentarse en una de las mesas del café "Louvre", en el período comprendido de los Mangos de Baraguá al Grito de Baire....

Pudiera decirse que todas estas sombras gloriosas aún se pasean por unos portales que hoy se ven mancillados por pequeños comercios, propiedad de judíos en su casi totalidad.

La Acera del Louvre, con su vieja leyenda forjada por los espadachines patriotas, cuando se escriba la verdadera historia de nuestras revoluciones, tendrá que ocupar un lugar muy prominente en la misma.



INSTITUTO DEL PATRIMONIO CULTURAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Alta, marzo 8/54



Panchito Varona Murias y Serafín Pichardo. Fueron grandes amigos.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

a

215



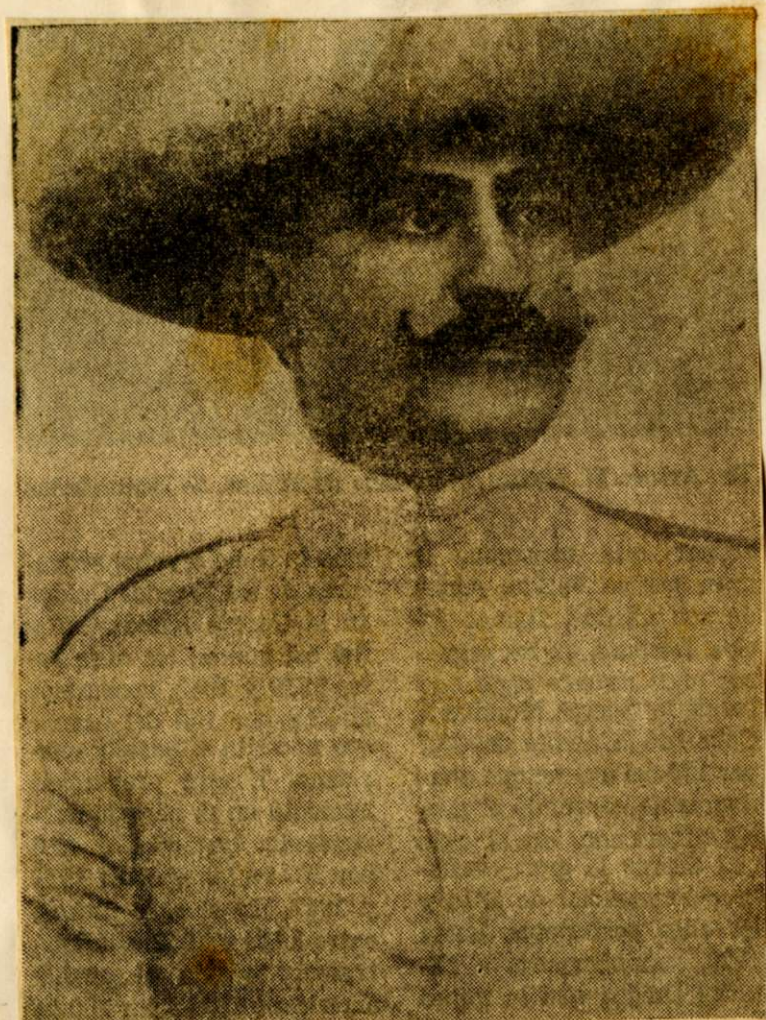
Pascasio Alvarez, periodista español, muerto en duelo por Panchito Varona Murias.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

a



Carlitos Maciá llegó a comandante en la Guerra de Independencia.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



Francisco Varona Murias, el muchacho de la Acera que mayor número de veces hubo de batirse.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA